



EDICIÓN ESPAÑOLA

Méndez Alvaro, 2, 1.º • Apartado 547.

Horas: de dos á cuatro de la tarde

CARAS BONITAS

SUMARIO

CÉSAR JALÓN

Sección vermouth.

ADOLFO SANCHEZ CARRERE

«Chelito», en el Gobierno.

FERNANDO G. RUIZ

Versos de amor y de delirio.

FANDOR

¡Por onto...!

VARIOS

«A duro la papeleta».

«CLARITO»

La mejor publicación literario-taurina.

MANUEL DOMINGUEZ

Los bailes clásicos: Covarrubias».

CHER, TINO, MATEOS, BÉTICO y M.-S.

Varios dibujos y retratos de «Damayanti» y «Clarito».



"DAMAYANTI,"

Excelente bailarina que ha conseguido un ruidoso triunfo en el teatro Romea. Las bailarinas como «Damayanti» no necesitan echar mano de parodias ni imitaciones.

Biblioteca Regional de Madrid

5 céntimos

SECCION VERMOUTH

Las bofetadas, á la orden del día.

DEL día ó de la noche, lo mismo da, ya que la noche forma parte del día, y ya que suenan lo mismo á las diez de la mañana que después de anochecido.

La mayoría de las artistas militantes en Romea durante la semana pasada acordaron zurrarse la badana, y el acuerdo de la «mayoría» prevaleció, y

fué puesto en vigor con una rapidez que para sí quisieran los más urgentes acuerdos de nuestras Cámaras.

¡Pero con qué vigor, caballeros! Raquel Meller tiene todavía hinchada la mano derecha, que puso con bastante miramiento (para no equivocarse el sitio) en la mejilla del mismo lado de «La Argentinita». ¡Buena, buena fué! (me refiero á la bofetada; no á «La Argentinita»).

¡Ya lo creo que fué buena! ¡Como que se la dió en la mejilla del mismo lado y se la volvió del otro!

Al siguiente día, la señorita Miralles, una bailarina de cuerpo entero, de esas que no necesitan hacer parodias ni «virguerías» para que el aplauso corone el triunfo de su arte soberano; la señorita Miralles abofeteó á una cancionista, y, de contera, incrustó su menudo zapatito en el vientre de la madre de su contrincante, que no era tan menudo...

Sin que hubiesen transcurrido las veinticuatro horas reglamentarias, «Les Harrys», pareja de bailes, se dieron de cachetes con otra pareja también de baile, hasta que, hecha la señal para el cambio de parejas, entraron dos del Cuerpo de Seguridad y pusieron paz entre las otras que tan mal se habían tratado el cuerpo...

¡Motivos para tan radical acuerdo? Los hay para todos los gustos... Véase la clase:



Primer «match»: Meller-Argentinita. Hubo en Cádiz un gobernador sabihondo y redicho, al extremo que no perdía ocasión de enmendar la plana á todo bicho viviente.

CON EL MODISTO



—Pues á mí me parece muy bien por detrás, señora condesa.

—¡Phsé! Eso va en gustos...

SANTA NÓMINA



—Señorita: dígame si es usted de las que las gusta que el primer día que uno las hable sea el día primero...

Una vez, fueron conducidos á su despacho dos apreciables ciudadanos de esos que, en su exaltación del bien, aman á Dios y á los hombres, á éstos particularmente.

—¿Qué habéis hecho?—preguntó la autoridad civil á los detenidos.

—«Zeñó gobernador»—rezongó uno de ellos—: nosotros «semos»...

—¡Somos!—corrigió inmediatamente el gobernador.

—¿También usted?...—preguntaron atónitos los ciudadanos.

Pues del mismo defecto de enmendar la plana por doquier que puso en ridículo trance al gobernador del cuento, adolece la niña «Argentinita», que también acostumbra, por ello, á ponerse en otros trances ridiculos. Siño que aquel gobernador lo padecieron únicamente los gaditanos, y á «La Argentinita» la padecemos todos...

La popular «sábelotodo» se pinta sola, á su corta edad, para cuanto signifique corregir al que yerra; se pinta sola para satirizar á sus congéneres; se pinta... ¡qué duda cabe!...

En Romea, hizo una pintoresca imitación de D. Antonio Maura, y echó de allí á los periodistas; hizo otra de Pastora Imperio, y echó al público; hizo otra de Raquel Meller, y ésta, á

su vez, hizo... muy bien en darle su merecido.

Y es que «La Argentinita», que cree saberlo todo, ignoraba, por lo visto, aquella advertencia tan conocida de todos: «Desconfiad de las imitaciones.»

✱

Segundo «match»: Miralles y... compañía.

—Si hablas otra vez de ese hombre, te daré dos puntapiés.

—¡Cómo!

—Que te daré dos puntapiés.

—Pues toma...

Y, claro, como «más vale un toma que dos te daré», la Miralles se quedó sola dando bofetadas.

✱

Tercer «match»: «Les Harrys» y «Las Arras».

Esta bronca por partida doble fué motivada porque una pareja previno á la otra que no bailasen ciertos números de su repertorio; pero la pareja no se dió por enterada, y puso en escena los números en cuestión, y... ¡que les quitasen lo bailado!

✱

En fin, que, en Romea, como en los demás teatros, resultará peligroso tener un quitame allá esas pajas, porque, según se ve, las bofetadas se han puesto á la orden del día...

CÉSAR JALON.

DESDE LA TRIBUNA



—Don Salvador: indudablemente el triunfo de los alemanes debemos esperarlo sentados y, á ser posible, chupando del bote...

¿SI LAS MUJERES MANDASEN!...

“CHELITO,, EN EL GOBIERNO

HACE muchos años, muchos, que los españoles vivimos disgustados, y sólo estamos conformes en una cosa: en que todos los gobernantes, sean liberales ó conservadores, lo hacen muy mal.

Semejante desprestigio moral del régimen macho me hizo pensar seriamente en la adopción de una medida que diera al traste con este general disgusto, proporcionándonos alguna mejora, ó, por lo menos, una novedad.

La medida en cuestión es completamente galante.

Se trata de poner en manos de las mujeres nuestro sistema gubernamental. De este modo desaparecería para siempre el justificado temor al intervencionismo armado.

La guerra odiosa se aboliría.

Ya lo dice el cantar:

LA AFICION



—La culpa es de los ganaderos por tener toros tan raquíticos...

—También los hay que los tienen muy gordos; pero los «fenómenos» no los tragan...

«Si las mujeres mandasen en vez de mandar los hombres, serían balsas de aceite los pueblos y las naciones.»

Vamos á verlo:

¿A qué mujer de las conocidas ofreceríamos primeramente la Presidencia del Consejo de ministros?

Pronto salí de dudas.

—El país—me dije—está desfallecido, aniquilado á consecuencia de las privaciones que sufre por tanto impuesto como sobre él pesa.

Para remediar en lo posible este mal endémico, y casi epidémico, es de absoluta precisión buscar un «gabinete» grande, amplio, que le permita respirar á uno, ó á todos, mejor dicho.

Un Ministerio ideal, rumboso, vamos al decir.

Por eso me acordé de la Chelito.

En ninguna otra pueden hallarse mejor las condiciones apetecidas.

Ella es la «ideal» y la reina de la «crumba».

Ella debe ser nuestra gobernadora.

Sepamos ahora su programa.

Quando llegué al salón de sus dominios, la muchedumbre agolpábase en la taquilla disputándose con afeite el privilegio de una localidad.

Aquel espectáculo de humano remolino me dió la sensación de una jauría hambrienta que se impacientara por satisfacer sus bestiales apetitos.

El «menú» que allí se le ofrecía no podía ser más tentador ni más nutritivo: carne al natural con entremeses.

Junto á la puerta del camerino que Consuelo arregló coquetamente en su «Chantecler», salíome al encuentro Pepe Vázquez, tan notable actor como ingenioso escritor y buen amigo.

—¡Hola! ¿Dónde vas, Carrerín?

—En busca de Consuelo.

—¿Tan triste estás?

—Calla, ¡anúnciame.

—Bueno, hombre. ¡Chelito! Aquí la esperan.

—¿Quién?—pregunta ella desde dentro.

—Una mala persona.

—¿Ah!... ¿Eres tú?—dice ella reconociéndome por la voz.—Voy en séguida.

—Está bien. Aguardaré á que salga la señorita Portela.

—Si aguardas á que salga Portela, tienes para rato.

—¿Por qué?

MARIDO EMBROVOCADO

—Porque no la necesita.
Este chistecito del simpático Vázquez despertó en mí instintos criminales. —Y quise ser su verdugo.

Afortunadamente para él, llegó a tiempo el indulto.

La futura presidenta del Consejo, luciendo á través de una camisa fantástica y sutil el prodigio incomparable de su cuerpo hermoso, envidiosamente oprimido por sedefia malla, hizo su mágica aparición ante mí.

Confieso que, de haber podido, hubiera pagado muy á gusto la multa correspondiente con tal de haberla echado tres ó cuatro piropos seguidos.

Conteniendo por obra y gracia del bando mis naturales deseos, tuve que limitarme á saludarla

— Buenas noches, Chelito.

— ¿Qué te trae por aquí?

— Necesito hablarte de un asunto muy serio.

— Tú dirás.

— Pretendo que ocupes el puesto de Dato.

— ¡Yo, «Vaselina»? ¡Tú estás loco!

— Es una suposición. Figúrate que la actual política de equilibrio fracasa y el Gobierno cae en tu poder. ¿Qué harías?

— ¡Cualquiera responde á esa pregunta, así, de pronto! ¡Tantas cosas pueden hacerse con el poder de los hombres!

— ¿Cómo arreglarías tu Gabinete?

— Muy bien. Ya sabes que soy una mujercita de su casa.

— El que lo dude puede convencerse de ello dándose una vueltecita por el lindo hotel que tienes en la Ciudad Lineal. Aquello es un encanto.

— ¿Verdad que sí?

— Indudablemente. Pero volvamos al asunto principal. ¿Qué reparto harías de las carteras del Ministerio?

— Yo creo que con una cartera había bastante.

— ¿Cuál?

— La mía, para guardar los billetes.

— Bonita manera de pensar!

— Sobre poco más ó menos, como todos.



— Caballero, usted me ha tomado por la criada.

— Sí, señorita; y á mí me ha tomado muchas veces por usted.

— ¿Seguirías sosteniendo la neutralidad?

— ¡Claro que sí! Tengo un miedo cerebral á las grandes potencias.

— ¿Suprimirías el impuesto de inquilinato?

— Desde luego. Y haría que se bajase el pan.

— ¿Tú? Lo dudo. ¡Si fuera al contrario!...

— Además, pagaría religiosamente á los maestros para que funcionasen bien todas las escuelas.

— ¿Te preocupa el problema de la enseñanza?

— ¡Naturalmente! Debía saber leer todo el mundo. Así podrían enterarse de las novedades que ofrezco diariamente en el cartel y acudiría más gente á mi teatro.

— ¡Ah! ¿Pero seguirías trabajando?

— Desde luego. En cuanto despacha-

DE LA VIDA CAMARERIL



—Hacer que saquen botellas. Si car dinero.
¿Qué ficio más monón! ¡si empre acar! Con
lo que a mí me gusta que me lleven la contra-
ria!...

ra con los ministros vendría á bailar la rumba delante del público. De esta forma lucharía con la opinión cara á cara.

—Como debían luchar todos.

—No está mal pensado. Y á la Marina, ¿la tocarías?

—Sí. Mandaría hacer unos cuantos barquillos, y los cobraría en el presupuesto como acorazados, diciéndole al pueblo: «¡Esto es canela!»

—Y no le engañarías. ¡Si eran «barquillos»!... Supongo que en el Ejército también introducirías alguna reforma.

—Te equivocaste. Es peligroso tocar á los hombres armados.

—¿Quiere decirse que dejarías en paz los galones?

—¡Claro! ¡Bastante pelea ya con las «estrellas»!

—¿Crearías alguna nueva ley?

—Una sólo: la del amor libre. ¡Fuera cadenas! ¡Fuera esposas!

El timbre avisador, con su repiqueo nervioso, anunció á la encantadora Chelito su próxima aparición en la escena.

Ese murmullo sordo que la expectación produce en el público llegó de la sala hasta nosotros, poniendo el punto final á la «interview».

Chelito estrechó mi mano. Miróse al espejo por última vez para dar el repaso postrero á su tocado, y yo, satisfecho de mi gestión, me dirigí al café más próximo para comunicar á ustedes las declaraciones de la soñada presidenta del Consejo, que en aquel instante, seguramente, daba en paños menores, y sobre un tabladillo, la primera lección de política práctica: la de explotar al contribuyente contentándole con buenas formas.

ADOLFO SANCHEZ CARRERE.

6-11-915.

Lea usted

“*Joselito en El Pilar*

ó

El sitio de Zaragoza”

por CLARITO

¡INTERESANTÍSIMO!

Una peseta en toda España.

Versos de amor y de delirio

Tus ojos de misterio.

Tus ojos son así: dos bendiciones
que derraman su paz sobre mi alma;
lluvia de luz que en la silente calma
preside mis amantes oraciones.

Tus ojos son puñales afilados
que buscan mi doliente corazón;
ojos que no tuvieron compasión
de mis lamentos desesperanzados.

Pupilas de fiereza y de maldad
en mi existencia ruda y azarosa,
y ojos de monja, llenos de bondad,
que redimen mi vida tormentosa...
¡Flor del mal y del bien: tus ojos son
mi rebeldía y mi claudicación!

¡No importa!

No importa que te sea indiferente,
mujer de la sonrisa misteriosa;
no importa que tu alma rencorosa
me niegue sus caricias cruelmente.

Aunque, al verme, tus ojos se horricen
y tus labios escupan á mi paso,
aunque me mates de dolor, acaso,
si tus palabras de odio me maldicen,
aunque prefieras, antes que ser mía,
ser de la muerte pavorosa y fría,
porque me odies con rencor profundo...
yo he de quererte con cariño eterno
y he de seguirte hasta el final del Mundo,
aunque al final del Mundo esté el Infierno.

La hora de locura.

Cuando en las horas de la noche oscura
me atacan las serpientes de los celos,
siento en mi corazón rojos anhelos
y bruscos arrebatos de locura.

Tengo ansias de morder con la fiereza
de las panteras y de los leones;
ansias de destruir, con maldiciones,
tu embrujadora y mágica belleza.

Y quisiera, en mis locos desvaríos,
ahogar tu cuerpo entre los brazos míos,
rodar en tierra como dos posesos,
y, en una lucha trágica y brutal,
ver tus labios ungidos con mis besos
y manchado en tu sangre mi puñal.

FERNANDO G. RUIZ.

¡POR TONTO...!

RAMÓN Sánchez no era ningún tonto; pero, ¡caramba!... aquello era demasiado para él, pobre empleado de ocho mil reales con descuento. Y no se atrevió. Tuvo un momento de debilidad cuando debió hacer uso de toda su fortaleza; una vacilación en el crítico instante que necesitaba de todo el atrevimiento... ¡Si él lo hubiera sabido! Tantas veces como pecó por carta de más, y en el momento que le hizo falta optó por la carta de menos. Y es lo que él dice. Con las mujeres no se sabe nunca el punto exacto.

¿Que cómo fué? Veréis...

A Ramón Sánchez lo trasladaron de Bilbao, donde prestaba sus servicios, á Santander, y el buen hombre tomó

un asiento en un vagón de primera del ferrocarril de la costa; tren expreso.

En el vagón, y á su lado, se sentó una mujer; ¡pero qué mujer!... Era excelentísima. Un «bocatti di cardinali». Al verla sintió un estremecimiento de toda su carne, y una ola de fuego recorrió su cuerpo, cegándole. Cayó en el asiento, mareado, en el crítico instante que se ponía en marcha el convoy. Saludó, sonriéndose, ella, y permanecieron silenciosos un minuto. Ignoraba Sánchez lo que pasaba por la imaginación de la bella desconocida, que con los ojos (y vaya unos ojos tremendamente negros y asesinamente seductores) en la ventanilla, contemplaba el paisaje; pero sabía bien lo que por él pasaba...

Durante aquel silencio, Sánchez observó á la compañera de viaje, la analizó, la desnudó mentalmente, admirándose por grados de los descubrimientos que iba haciendo, con alegría igual á la de un explorador que descubriera un tesoro... Era aquel un tesoro que valía más que todas las minas del rey Salomón... (Él de la novela inglesa.)

De aquí (de sus observaciones, no de la novela), pasó á sus recuerdos, tratando de descubrir entre sus aventuras galantes un caso igual; y convencido de la originalidad del «caso» y hasta de la incógnita de la mujer, echó mano de su erudición sicalíptica para ver si algún autor le daba una solución... Pero tampoco. Recordó algo de vagones de ferrocarril y mujeres en los vagones; pero aquello... era demasiado para él... Si hubiera sido una señoritilla pueblerina, ó una costurera, ó una artista de tercera... Pero era una dama, y aristocrática al parecer... ¿Cómo iniciar una conversación?... Y aun iniciada, ¿cómo pasar de los límites impuestos por la caballerosidad, aunque sea en un vagón y á solas con una mujer, si esa mujer impone respeto?

Ramón no supo nunca si ella adivinó sus deseos ó leía en su pensamiento, pero sí puede dar fe de que le allanó muchas

ACADEMIA DE TANGO



—Son malos estos pasos porque hay que andar muy ceñida.

—Es que sin ceñirse no se puede andar en malos pasos.

A ARREGLAR CUESTIONES

TUNO



—Tú, Celes, no hables una palabra. Déjame hacer á mí.

—Sí, sí; por dejarte hacer á ti, me veo yo como me veo.

dificultades por el camino. Primero, dándole motivos para conversar con ella, preguntándole, con una sonrisa que enloquecía, por un pueblecillo sin importancia; después, animándole con sonrisas y miradas cuando él, en una timidez, callaba, y, por último, pegándose á su cuerpo en un temblor, toda espantada, en los primeros túneles... Al volver á la luz, Ramón, rojo de vergüenza, bajaba sus ojos en un miedo, y ella le hablaba... Entonces se atrevió; se atrevió, recordando con fruición la suavidad de las carnes cálidas que, á través de su pantalón, pusieron fuego en las suyas, á hablarla de amor...; pero correctamente, enamoradamente, románticamente. Ella se sonreía... ¿Pero era verdad que escuchaba con agrado? ¿Realidad que una dama aristocrática le atendía? ¿A él, un escribiente?... Era un triunfo. Y con el atrevimiento del éxito siguió hablando, hablando, hablando solamente. Y en esto... ¡Brrum!...

El estrépito infernal del tren en un

túnel..., y la caricia suave del cuerpo divino que se pegaba incitante..., y el respeto del enamorado romántico que se separa timidamente... Y al volver á la luz, el rostro ceñudo de ella y el asombro de él... Intenta hablar, y ve en los labios de su amada, en aquellas dos jugosas cerezas, un mohín de disgusto, una mueca burlona...

Ramón se deshace los sesos pensando en los motivos de aquel cambio repentino, sin dar son la solución—¡tan fácil—, y, al fin, en la estación de Santander, se hace la luz en su cerebro con las palabras de ella.

A una invitación de él, que, enamorado, se ofrece á acompañarla, responde:

—Desprecio á los tontos que no saben aprovechar las ocasiones... En un túnel, con una mujer, hay que saber ser hombre...

Y Ramón vió claro... Le estaba bien merecido ¡por tonto!...

FANDOR.

EN EL REAL



El abonado.—¿Cómo le va, «carísima»?...

La diva.—Por Dios, no me diga usted «carísima», que me espanta usted las amistades.

'A DURO LA PAPELETA,,

(Monólogo que acaba de estrenar la artista Margot en Barcelona.)

CÓMO SE VISTE

ESTE MONÓLOGO

ESTE monólogo no se viste de ninguna manera... La artista que nos haga el alto honor de recitarlo se vestirá con la menor cantidad de ropa posible, como si estuviera en Madrid, en verano, en una buhardilla y en la intimidad. En una mano traerá una bolsa con bolas—bolsa de seda ó simplemente de percal—; en la otra, unas papeletas—no de empeños, ¡ay!—, y en la otra mano... ¡Ah, no!... No traerá otra mano... porque no puede...

Una vez en escena, y con estos utensilios, dirá (si se ha aprendido el monólogo):

ESCENA UNICA

LA ARTISTA

Estoy harta de mi vida de soltera sin consuelo, que no ha vislumbrado el cielo de la dicha apetecida,

BUENA VISTA



—Aquel que va con mamá es tío Enrique.
—No, p'pe; es tío Rafael.
—Pues e-tais equivocados, es otro tío. Sin mirar lo sé yo...

y voy á cambiar de estado por un gran procedimiento que mi mente, en su ardimiento, lo tiene bien meditado.

Señores: yo soy completa por arriba y por abajo; pero sufro un gran trabajo que me marchita é inquieta: no he conocido el amor, ni he conocido el placer: yo no he podido querer, y me muero de dolor.

Mi cuerpo es puro y fragante como una rosa encendida, y llevo en él escondida una ilusión arrogante; ilusión que me desvela y que me pone nerviosa, porque me siento una cosa por dentro que desconsuela...

Por esta causa, anteayer (1) me fui á un médico afamado, y me dijo: «Está clavado: necesita usted querer.

Usted es como una campana que vive sin el badajo, y está perdiendo el trabajo si en que suene bien se afana. Busque usted uno á su medida y bandee usted á su gusto, y verá cómo el disgusto del repique se le olvida...»

Y siguiendo este consejo del médico, vengo aquí buscando un badajo así... ni muy joven ni muy viejo.

Y como soy ruborosa, á pesar de mi ardimiento, sé un nuevo procedimiento para conseguir la cosa.

¿Qué voy á hacer? Lo verán. Voy á sortearme, señores, entre los hombres mejores que ahora escuchándome están...

Ved aquí las papeletas, con sus números bien claros. ¿Quién las compra? Sin reparos... Tengo las series completas...

Un duro la papeleta; y al que me toque, le toco; me parece que es bien poco por una chica completa... Además, aquí, el que gana no soy yo: será el que tenga la suerte de que le venga su número, porque afana con mi cuerpo, que no es zote, y el dinero del sorteo...

(Señalando á uno:)

Como que al ver á ese, creo que va jugar por mi dote... Poned un duro, y quizás os toque la lotería.

(1) ¡Cuidado! No decir antiyer—que las hay.

¿Quién compra? (A uno:) No, no se [fia...]

¿Una, usted? ¿Quién quiere más? (A otro:)

A usted no puedo venderle la papeleta... Es muy niño...

¿Qué haría con mi cariño?

Yo no quisiera ofenderle;

pero... ¿Me daría un beso?

¿Y qué quiere, criatura,

que haga yo? ¿O se figura que á mí me basta con eso?

¿Que es usted grande? Lo creo;

pero ahora no se levante:

no tiene usted en este instante

lo que yo quiero...; lo veo...

(A otro:)

¿Usted?... A ver. Pongasé (1)

de pies, para que lo mire...

¡Hombre, por Dios, no respire!...

Todavía no hay por qué.

¡Ya no me queda más que, una!

¿Quién quiere la papeleta?

Con esta queda completa

la venta... Es la Fortuna...

Apenas me queden solas

las bolas, se sortearán;

y ustedes me sacarán

una bola de las bolas...

¿Usted la quiere?... ¡Allá va!...

Ahora vamos al sorteo.

Esta es la bolsa... Meneo...

¿Quién mete la mano acá?...

¿Usted? ¡Bien!... Saque una sola...

Ahora, démela al instante.

No la mire usted, tunante...

¡El quince salió la bola!...

¿Quién lo tiene? A ver si es guapo

el que ha de ser mi marido...

¿Quién es el favorecido?

¡Que se acerque, que le atrapo!

¿Aquel tan viejo y tan feo

que se acerca con trabajo?...

¡No me sirve ese espantajo

para lo que yo deseo!

¿Soy campana, y me bandeó

en campanario de gusto

con un viejo? Yo me asusto

al verlo en repiqueteo...

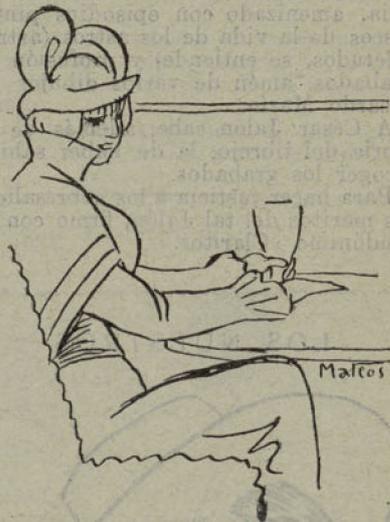
(El final lo dice en un grito—es de moda—; se sonríe después, saluda con un gesto aristocrático, y se va...)

NOTA.—Como seguramente esta obra ha de despertar las dormidas envidias de los compañeros, hacemos constar

(1) Igual nos da el acento delante que detrás; y, en esta ocasión, lo necesitamos detrás.

que la tradujo del indio un primo segundo de la cuñada de una criada novia de un abuelo de la amante de uno de los más grandes ingenios del siglo

DETALLES DE OBSERVACIÓN



Cómo cogen las copas las casada...

de Oro. Al morir este ingenio, sus papeles se perdieron, y un día que uno de los autores compró cañamones para un canario sordo, mudo y ciego que posee, le dieron el original—que guardamos—con los cañamones.

El otro autor, aunque Diego San José rabie, la puso en verso castellano; el otro colocó la pieza á una artista, y el cuarto ha hecho las notas para su publicación. Así, pues, cobran los derechos cuatro autores—como los de genero chico.

Sabemos que Ezequiel Endérez dice por ahí que también metió su pluma en la obra; pero no le creáis (es que no le dejamos meter la mano: quería cobrar derechos); y si nos lleva al Juzgado, como dice Raquel Meller, peor para él... Y firmamos:

Por los versos: VÍCTOR GABIRONDO; por el hallazgo: TORIBIO TORRÉNS ROURELL; por las notas: FANDOR; por colocar la pieza: BIORITO.

La mejor publicación literario-aurina

Voy á decir que César Jalón, excelente literato, incommensurable revistero taurino y muchacho muy simpático y muy listo (¡ah!, y muy bien parecido), acaba de publicar un folleto «taurófilo» que, más que folleto, es todo un tratado de Tauromaquia, amenizado con episodios pintorescos de la vida de los astros (astros coletudos, se entiende) y profusión de grabados, amén de varios dibujos de Ricardo Marín.

A César Jalón cabe, además de la gloria del librejo, la de haber sabido escoger los grabados.

Para hacer justicia á los sobresalientes méritos del tal Jalón, firmo con el seudónimo «Clarito».

LOS NUESTROS



«CLARITO»

Porque, como ustedes no habrán adivinado, Jalón soy yo.

Quería ahorrarre este trabajo un buen amigo y compañero:

—Oye—me ha aconsejado—: hazte un bombo, y yo te lo firmaré, para evitarte esa molestia.

Pero como la principal molestia para mí era la de «hacerlo», y de ello no me relevaba mi querido colega, he preferido cargar también con la otra; esto es, con la de «firmarlo».

Bien sé que el procedimiento es tan desusado como usado y re-usado (sin hache) es el otro, el de bombearse por la propia boca y poniendo los piropos en boca ajena; pero soy así, y perdonen las lectoras si, desconfiando de la justicia de los demás, opto por juzgarme yo mismo.

«Joselito en el Pilar, ó El sitio de Zaragoza»—tal se titula la «elucubración» taurina—está «hecho» á base de las corridas que en la capital aragonesa ofrecieron este año ocasión al menor de los «Gallos» para mostrar en todo su valor al gran artista que lleva dentro.

Mas no es ese su único texto: Jalón, homónimo de un pobre ser humano á quien desmenuzó un monstruo, ha desmenuzado á su vez el torero del excelso artista de Gelves y ha tirado pequeñas cuchilladas—muy pequeñas y muy acertadas—, si no á diestro y siniestro, por lo menos, á determinado «diestro».

Esto no obstante, el folleto está ajustado—muy bien ajustado, ¡ya lo creo!—á cuantas observaciones ha de hacerse á sí mismo antes de que nadie se las haga un crítico imparcial y sereno.

Los baturros, por tocarles de cerca, y el resto de los españoles, por tocarles de lejos, deben comprar el interesante folleto.

Se trata de la mejor producción literario-aurina contemporánea y, por lo tanto, de todos los tiempos, ya que, en la actualidad, se adelanta en todo, hasta en materia taurina. ¡Un ejemplo? He lo aquí: Felipe Sassone, que, en el «Gil Blas», se metió en un bolsillo á todos los revisteros, cronistas del gremio cornudo.

Pues César Jalón—yo mismo—es mejor que todos los Sassones del Mundo.

¡Ah! El libro vale una peseta. (Vale más; pero, vamos...)

CLARITO.

Para toda clase de anuncios en esta Revista, dirigirse á D. Francisco Pastor, Juanelo, 1, segundo.

LOS BAILES CLÁSICOS

"COVARRUBIAS,"

EN un solar cercado con una valla de deslucida madera por efecto de las lluvias del invierno, hay un cobertizo, también de madera, de aspecto mediocre y ruin. Entre sus cuatro paredes se encierra el tradicional y arcaico baile de «Covarrubias».

La vista de todos los concurrentes, al arribar al guardarropa, ha de tropezar forzosamente en una figura femenil, gruesa y basta, de caderas ajamonadas, pechos mustios y caídos y ceño austero, de majestuosidad solemne y seriedad absoluta. Es doña Emilia, la propietaria del salón.

Todo aquel que frecuente esta clase de bailes seguramente la conoce.

—Pollos, mucha formalidad... No permito en mi casa borracheras ni escándalos. (Este es el acostumbrado consejo que, como salutación, suele recibir de doña Emilia la horda juvenil que allí acude los domingos.)

—Oiga: usted no puede pasar con ese delantal de chula—dice incomodada á «Luisa la de Explosivos», chulilla vivaracha y graciosa que va acompañada de varias amigas.

—Ni usted con pañuelo—replica encarándose con «Paco el Curial», chulillo de ojos saltones y cariz lánguido y enfermizo de aventurero y trasnochador.

—¡Ja, ja!... ¡Hasta luego, que me voy al pueblo!—exclama con jocosa é irónica risa «Paco el Curial». Y, dando media vuelta, sale del baile en compañía de su camaradas y de «Luisa la de Explosivos» y sus amigas.

Al mismo tiempo, llegan varios pollos, de tipo horteril y cursi, con obsoletos cuellos almidonados de los llamados «de pajarita», por encima de los cuales circunda una tirilla ó corbata de seda negra con lunares rojos; peinados con raya en medio, son sus cabellos brillantes y relucientes, debido al abuso del cosmético; sus trajes, de fina lanilla, imitación al género inglés, denotan una hechura defectuosa, y al-

gunos, con las mangas de las americanas cortas, enseñan diez centímetros de puño postizo y unos gemelos con una piedra falsa, verde esmeralda, de gran tamaño.

—Doña Emilia, deje usted pasar á este amigo—la ruega uno de ellos, señalando á un muchacho grueso, de mejillas coloradas y porte provinciano.

—Bueno, que pase, si tu respondes de su formalidad—asiente la señora con un signo afirmativo de consentimiento.

—¡Ah! Y, desde hoy, al que venga los domingos por la tarde, le dejo pa-

DE SOCIEDAD



—Oye: Juanito ha venido á vernos. ¡Habrá dejado á su mujer acostada!

—¿Con quién?

—¿Con quién ha venido?

—No, mujer...

sar gratis por la noche. Ya veis: mejor que en Fuencarral y en el «Tabarin-Club».

Después de abrir la mampara de paño rojo, se internaron en el salón.

Es éste de forma rectangular, no muy grande; los muros, empapelados artísticamente; empotrados en la pared, hay bancos con asiento forrado de gutapercha, donde descansan y esperan las muchachas, en su mayoría modistas alegres y meretrices ó maritornes tímidas, ansiosas de bailar y divertirse después de una semana de encierro en el inhóspite tabuco del taller ó en la cocina.

El pavimento del salón está entari-

mado con estrechas tablas, muy encajadas y resbaladizas.

—¡Ay, que «resbalucio»—exclama el provinciano, haciendo equilibrio y agarrándose á uno de sus amigos para no caerse—. ¡Claro! Como estoy «acostumbrado» á bailar con las mozas en la plaza del pueblo, me caigo en este piso tan «descurridicio».

Todas las muchachas sueltan una sonora carcajada, y se mofan del paleta.

Ahora volvía á traspasar el dintel de la puerta «Paco el Curial», pero bastante transformado.

El pañuelo blanco de fina seda, cuyas puntas sobresalían perezosamente por las bocamangas del chaleco, le había sustituido por un cuello alto y almidonado de gran medida y una corbata de un color chillón y de mal gusto.

La gorra habíala trocado por un sombrero de fieltro, color café, de alas inmensas y cinta muy sucia.

Esta transformación la había efec-

tuado en el domicilio y con prendas de un conocido que vivía cerca.

Doña Emilia, al verle de tal facha, no pudo menos de decirle, mal disimulando una sonrisa que dibujaban sus labios:

—Oiga, pollo: ese cuello no es de usted... Por el tamaño debe ser de Ochoa ó De Ríaz...

—Pues «valiente son». «Me va usted á dar el té» con sus manías—respondió un poco amoscado Paco.

—Le advierto que no permito beber mucho vino.

—Bueno: tomaremos «vermouths», que es más fino. ¡Qué! ¡Me deja pasar?

—Sí, aunque no te conozco.

—¡Gracias! Aquí hay que traer más conocimiento que «pa» extraer un sobre de valores «declaraos»... ¡«Que la frían un huevo», señora! ¡«Amos», ande: «acuéstese».

PELIGRO PROBABLE



—Poco á poco, van á aplastar á mi hermanito...

Así terminó su charla burlona y chulesca.

La salmodia del piano preludia las notas de un chotis castizo y madrileño.

Todas las parejas, enlazadas, mecen sus cuerpos marcando los tres pasos del chotis al compás de las melodiosas sonatas del «pombia».

—Pero ¿no bailas?—preguntó á «Paco el Curial» un amigo.

—¡Phs!... Prefiero «aplastarme» antes que bailar con «fucias» que no saben.

No bien hubo terminado esta frase, cuando reparó en «Luisa la de Explosivos», que, aburrída, descansaba en un banco.

La muchacha no era guapa; su rostro, pálido y ojeroso, picado de viruelas, carecía de hermosura; sus ojos, pequeños y rasgados, eran sombreados por las cejas, y unos rizos, acaracolados, de cabello negro y brillantez azaballina, que caían sobre las orejas, dabanla cierta gracia favorecedora.

Los pechos, redondos, incipientes y ebúrneos, oscilaban bajo la discreta blusa de raso y se erguían majestuosos en proporciones tales, que hacían dudar fuesen de la propiedad de la juvenil chiquilla.

—¡Mi madre! No la hacía yo una blusa ni por veinte duros. ¡Cuidao» que necesita usted tela!; Qué «pertuberancias»; pero... ¿«tó» eso es de usted sola?

Piropeábala de este modo «Paco el Curial» acercándose á «Luisa la de Explosivos».

—No me mire usted de esa manera, que me pasa lo que á las cerillas: pierdo la cabeza. ¿Quiere usted que bailemos?

La chulilla no contestó; arreglándose las arrugas de la falda y levántandose, se abandonó en sus brazos.

El iba muy satisfecho con su pareja; le sucedía lo que á todos los profesionales del baile: prefieren bailar con una fea que baile bien, mejor que con una bonita que no sepa.

En este momento, la figura rechoncha de doña Emilia apareció en el salón con unas corbatas de lazos, charras y ridículas, y algunos imperdibles de metal dorado de diez céntimos la pieza.

—Mirar qué sacrificio hago. Esto lo rífo entre vosotros—decía mostrando las baratijas á la concurrencia.

—¡Hay que ver! ¿Eh?... «Pa» ha-

berse «ahogao»—prorrumpió socarrón «Miguel el Comerciante».

A las ocho, al terminar el baile, salieron á la calle envueltos en amoroso coloquio «Paco el Curial» y «Luisa la de Explosivos».

Al llegar á la esquina, y en un paraje obscuro, ésta desabrochóse la blusa, y, ante la estupefacción del galán, sacó de su seno el coqueto y diminuto delantal de encajes y puntillas con que había engañado y enamorado al cándido chulo.

—Mira, Paco: me le he escondido «pa» que me dejara pasar doña Emilia.

Este quedó perplejo y desilusionado. Entre las arrugas de la blusa, por la falta del fingido encanto, quedaron deshechas todas las ilusiones y ambiciones de «Paco el Curial»...

MANUEL DOMINGUEZ.

FOTO grafías artísticas del natural. Catálogo detallado, 30 céntimos, sellos españoles. H. Leonard, sucesor.

Rua Barao Sao Cosme,

OPORTO (PORTUGAL

(Franquear sobre con sello de 10 cts.)

LA INGLESA

PRIMERA CASA EN GOMAS

HIGIÉNICAS

MONTERA, 35 (pasaje)

y VICTORIA, 3, Ortopedia.

(Catálogo gratis enviando sello.)

Agentes exclusivos en Suramérica,
MASIP Y COMPAÑIA
RIBADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Viuda de José Lerín

encargada de la venta de LA HOJA DE PARRA en Madrid (Abada, 22, tienda).

Establecimiento tipográfico de «El Liberal».

LAS GRANDES OBRAS ERÓTICAS

COLECCION UNICA, A UNA PESETA EL TOMO

Las mejores y más atrevidas historias galantes de la antigüedad, recopiladas de los documentos originales, por Diego Quijano.

Las grandes orgías del sensualismo, estudio histórico, por Jean Pourget.

Cómo caen las mujeres, episodios de la vida real recopilados por J. Lozano Cibeira.

Cada tomo con artística cubierta á todo color. Pídase en todas las librerías y kioscos, y á la editorial Dep, Córcega, 299, Barcelona, que las remite franco de porte, contra envío de su valor en sellos ó giro postal.

Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados.)—Dos tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 255 páginas.

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por cinco pesetas en giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al Extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar.—Los pedidos, con su importe, diríjase *únicamente á Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid* (Casa fundada en 1896).—*Biblioteca privada*.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 pesetas.—Exportación de revistas, periódicos y libros á España y Extranjero.

ANTES, EN EL LECHO CONYUGAL, Y DESPUES

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que ueben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es, pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas.** Buenas librerías de España. En Madrid, Fe, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo, certificado, enviando 3 pesetas por Giro Postal á *Archivo, Apartado 432, Madrid.*

CUATRO LIBROS INTERESANTES

Fruta prohibida. • Los quince goces del matrimonio.

Misterios y secretos del lecho conyugal (dos tomos con grabados).

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por cinco pesetas en giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al Extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar. Los pedidos con su importe, diríjase *únicamente á Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid* (casa fundada en 1896).—*Biblioteca privada*.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.—*Exportación, por mayor, de revistas ilustradas y periódicos á los señores libreros y corresponsales de España y América.*